

## CAPITULO UNDECIMO.

Se aproxima el fin del Imperio de Maximiliano.—Oponense á la abdicación los conservadores y liberales imperialistas.—Envían una comisión á Orizaba.—La prensa francesa aconseja la retirada del Emperador mexicano.—Inacción de los Ministros del Imperio.—Cree Eloy que Maximiliano podía ser el Emperador de Austria.—Informa el Barón de Lago contra el regreso de Maximiliano á Austria.—Conferencian Lares y Castelnau.—Carta de Maximiliano á Bazaine, referente al regreso de la legión austro-belga.—Llegan á Orizaba los generales Miramón y Márquez.—Convocase á esa ciudad los Consejos de Estado y de Ministros.—Creciente influencia del Padre Fischer.—Carta á los comisarios franceses.—Proyectos sobre sustitución del régimen imperial.—Consulta Maximiliano con el Ministro Scarlett.—Recepción de los consejeros; carta que les dirige Maximiliano.—Dictámen que recae sobre ella.—Acalorada discusión.—Opinión de la minoría.—Temor á la intervención norteamericana.—Se verifica la votación.—Explica su conducta la minoría.—Consideraciones respecto al proceder de los consejeros.—Los equipajes del Emperador regresan desde Paso del Macho.—Razones que tuvo Maximiliano para resolverse á permanecer en México.—Recursos supuestos por el Ministerio.—Imposibilidad para la reunión de un congreso.—El Diario del Imperio noticia que Maximiliano regresaba á México.—Sorprendense los representantes franceses.—Expide Maximiliano un Manifiesto en Orizaba.—Disposiciones acerca del ejército y de la hacienda pública.—Continúan los franceses abandonando las poblaciones del Interior.—Afectuosas manifestaciones entre el general Corona y la marina de los Estados Unidos.—El Puerto de Matamoros.—Pugna entre los jefes Canales y Tapia.—Muere el general Tapia.—Este era apoyado por los generales Escobedo y Sedgewick.—Interviene la fuerza de los Estados Unidos.—Cede el coronel Canales.—Se retiran de Matamoros los norteamericanos.—Los Juaristas pasan su cuartel general á San Luis Potosí.—Ataques sobre Toluca, Pachuca y Tulancingo.—Llega á México el consul Otterburg.—Conferencia con Bazaine.—Ofertas de mediación.—Se trata del nuevo Presidente.—Instrucciones de los comisarios Sherman y Campbell.—Perplejidad en que caen.—Regresan á su país.—Opúsculo del ministro D. Matías Romero.—Se opone el general Sheridan á los designios de Gonzalez Ortega.

El Imperio Mexicano, después de la serie de faltas cometidas, ya por Maximiliano y los suyos, ya por la Intervención, caminaba con toda evidencia á su ruina. Acababa Maximiliano de reconocer el error en que incurrió, al haber llamado á su lado á los liberales que tanto se habían opuesto á su venida; habíase entregado por sí mismo á sus enemigos, de manera que muchos de los que le rodeaban sostenían constantes relaciones con los republicanos. Abandonado por la Intervención, en los momentos en que más necesitaba de su apoyo, encontrábase solo y precisado á luchar contra los poderosos elementos que procuraban ano-



*Lic. D. José M. Lacunza.*

Presidente del Consejo de Gobierno en el Imperio de Maximiliano. Reemplazó al Comisario Mr. Langlais en la dirección de la Hacienda Pública y trabajaba de acuerdo con M. de Maintenant, proponiéndose el Sr. Lacunza realizar el pensamiento de disminuir los gastos. Cuando Maximiliano marchó para Querétaro el 13 de Febrero de 1867, dejó en poder del Sr. Lacunza la abdicación del trono.

nadarlo. Generalmente se aseguraba que los más peligrosos enemigos del Imperio no estaban en el campo juarista, sino en el palacio imperial, y se daba en prueba de esa acusación, entre otros hechos, el ataque que sufrió la embajada belga en Río-Frío, considerándola obra nacida en el mismo Ministerio.

La existencia de dos poderes que se repartían la dirección de los negocios del Imperio, frente á Juárez, tuvo necesariamente que llevar los asuntos políticos de mal en peor; Maximiliano y Bazaine pretendían dirigir la marcha política; pero el jefe francés se dirigía á veces á los republicanos por medio de agentes más ó menos autorizados, que encontraban por todas partes entre las autoridades civiles y aún entre los militares, prosélitos que alimentaron constantemente los choques que engendraban la animosidad, los rencores y los trastornos en los asuntos políticos.

La marcha de Maximiliano para Orizaba, había dado motivo para que se generalizara la creencia de que abdicaría y se iría para Miramar; estos rumores produjeron gran perturbación en los negocios, se paralizó el comercio y se aumentó la desconfianza pública. Los conservadores y liberales adherentes al Imperio, consideraron necesario detener á Maximiliano, le exhortaban á que permaneciera en el territorio mexicano y á que regresara á la capital del Imperio, y procuraban persuadirle de que había suficientes elementos para conservar la paz.

Entretanto los agentes de Napoleón III porfiaban, hasta con desacato, para que Maximiliano abdicara; Bazaine se resolvía á tratar con la República, y asediado Maximiliano por esos agentes estuvo á punto de abdicar, según aparece de las declaraciones hechas en una circular diplomática fechada el 10 de Diciembre de 1866 y cubierta con la firma del Secretario D. Juan N. Pereda.

Los liberales que habían tomado participio con el Imperio, conocían que aquella administración se desplomaba, y que no había en lo humano remedio para que el gobierno pudiera recobrar el prestigio perdido; aunque deseaban que Maximiliano dejara el trono, buscaban por temor á la revueltas soluciones imposibles: pretendían que Maximiliano saliera del país con su honor íntegro, y que al irse no dejara como funesta herencia la guerra civil. Solamente los conservadores rodeando y apoyando al Imperio, estaban en su puesto y fieles á sus proyectos y á su historia.

A principios de Noviembre se consideraba como definitiva la intención de Maximiliano para salir del país, y que habían cesado los motivos que prolongaron su irresolución. Los partidarios del Imperio aún confiaban en el resultado de los pasos que daban para impedir que aquella salida se verificara. Enviaron á Orizaba una comisión, el 10 de Noviembre, portadora de una petición suscrita por millares de firmas, en el sentido de que volviera á la capital el Soberano. El general Marquez recibía de México despachos para que no se detuviera en Veracruz, sino que al desembarcar se pusiera en camino y gestionara con Maximiliano su permanencia en México.

Esforzábanse los imperialistas en decir, que ningún gobierno podría

sustituir al Imperio ni salvar á la Nación, y que él era el único centro de fuerza, de unión y de orden, para combatir las dificultades, deshacer las traiciones, prevenir emboscadas y vencer la revolución vandálica y anárquica, que no traía ninguna garantía, ninguna esperanza para el país, ni contaba con apoyo moral; por el contrario tras de ella venían todos los males, todos los horrores de la desmoralización y de la anarquía, y en último término la disolución social. Le aseguraban á Maximiliano, que mexicanos y extranjeros, conservadores y liberales, no siendo de la facción que todo lo amenazaba y arruinaba, estaban unidos en un sentimiento, en un solo deseo: sostener al Imperio, porque en él estaba vinculada la salvación de los intereses sociales. Le decían que el Emperador no solo era el jefe legítimo de la Nación, sino el defensor nato de la sociedad, y que le obligaba como Monarca que comprendía su misión, combatir á los insurrectos que, se debía suponerse levantarían contra su gobierno; pero que los vencería porque les faltaba á los revolucionarios la justicia, el derecho y el apoyo de la voluntad nacional. En este sentido opinaba el ministro de la casa imperial Don Luis de Arroyo, que fué á Orizaba con la comisión portadora de la solicitud.

Los conservadores decían á Maximiliano en lo particular y por la prensa, que nunca era mas grande un Monarca, que cuando al frente de su Nación y aun abandonado de sus amigos y sus naturales aliados, defendía la Independencia, los derechos y el honor del pueblo que le había confiado sus destinos. Triunfando ó sucumbiendo en la lucha, tendría siempre el amor y el respeto de los buenos, la admiración de todos y un lugar distinguido y honroso en la Historia. Maximiliano dejaba pasar los días y las ocasiones sin dictar medida alguna definitiva, y tal conducta enervante producía la incertidumbre y agravaba por momentos la situación. Un partido cualquiera, por extremoso que fuese, debía preferirse á semejante estado de irresolución y languidez; la duda y la vacilación eran mas perjudiciales que la abdicación ó la guerra.

De muy distinta manera procedía el gobierno de los Estados Unidos, pues tenía tal seguridad en la partida de Maximiliano para Europa, que el 12 de Noviembre salieron de Nueva York con destino á Veracruz el Ministro Lewis Campebell y el general Sherman, suponiendo que ya encontrarían terminado el Imperio en México; el primero estaba nombrado ministro cerca de Juarez y el segundo debía, como jefe militar, asesorarle y trasladarse también cerca de Juarez.

Públicos fueron en la capital del Imperio, los preparativos de Maximiliano para un largo viaje, ya en el palacio de México, ya en el Castillo de Chapultepec y aun en Orizaba. Salieron de la capital los bagajes imperiales y se transmitieron órdenes al buque austriaco "Dándola" para que se dispusiera á recibir á bordo al real viajero. Todos estos hechos eran de pública notoriedad, y aunque no tenían significación irrevocable, no se podía negar que la hipótesis de la abdicación no era imaginaria, obligando los indicios á aceptarla aún á los más incrédulos, y se llegó á fijar por la "Estafette" el 30 de Noviembre como día en que se embarcaría Maximiliano.

En contra-posición á los que aconsejaban á Maximiliano su permanencia en el territorio mexicano, después que se retirara el ejército francés, la "Estafette" que era el periódico caracterizado representante de la Intervención, se empeñaba en lo contrario; le aseguraba con el calor de la convicción, que le inducían á un error y á una ilusión peligrosa, los que querían hacerle creer que después de la partida de las tropas francesas, encontraría en México bastantes súbditos adictos que con su dinero y sus espadas, le sostendrían contra sus enemigos y le aconsejaban permanecer en el puesto hasta el fin. "Sois extranjero, Señor, le decía y este pecado original nunca os lo perdonaran, por mas que digan vuestros amigos y vuestros cortesanos, y tendreis que convencersos de ello el día de las pruebas y del peligro."

El periódico francés convenía en qué era digno de un príncipe y del fundador de un Imperio, morir con las armas en las manos, en medio de sus fieles súbditos; pero no bastaba querer para poder: "la traicion, tenedlo entendido, os arrebataría esa gloria." "Habeis sido electo soberano; pero los hechos que presenciamos desde hace diez y ocho meses han debido probaros, Señor, cuan impotente é incapaz es el sufragio para defender lo que ha proclamado. Aun cuando escapaseis de vuestros enemigos, de las defecciones, de las traiciones, y de las maquinaciones americanas, nunca escapareis, Señor, de la penuria hacendaria. El vacío del tesoro es un abismo donde se sumergiría un César, un Carlos V, un Napoleón."

"Por estas y otras muchas razones que podríamos exponer, y con la mano sobre el corazón, somos de parecer que depongáis esa corona que no tendrá de hoy en adelante para Vuestra Magestad, sino espinas, ningún fruto y ninguna gloria."

Estas eran las opiniones, esos los consejos que le daba la Intervención por intermedio del escritor Mr. de Barrés, quien públicamente las manifestaba para que normase su conducta Maximiliano. En cambio de esa claridad y franqueza, la prensa de los conservadores guardaba misteriosa actitud, tratando de sacar partido de la irresolución que envolvía la voluntad del Emperador, á quien hacían comprender cuan indigno sería entregarse de plano á los franceses, y cuanto importaba dificultarles la salida del lazo en que estaban metidos. La abdicación que le pedían los franceses, aparecía relacionada con la entrega de las aduanas y con los empréstitos franceses que podían servir de arma ofensiva contra Napoleón, quien en último término había llegado á poner en ridículo al Archiduque. Los conservadores aconsejaban crear dificultades á los franceses, con objeto de que retardaran su salida del país, deslizaban en los oídos de Maximiliano frases que engendraban la convicción de que había inteligencias entre Francia y los Estados Unidos, para el arreglo de los asuntos respecto á México, llegando aun á sostener, que se había arreglado el protectorado de estos en el territorio mexicano.

A las instancias del gobierno francés que le apremiaba á abdicar, contestó